

Etica y Fin de Análisis *(Unas vueltas por Lacan)*

JOSÉ GRANDINETTI

Dado que las referencias al fin de análisis son constantes en la obra de Lacan, nos pareció pertinente encarar este trabajo, ordenándolas en una cierta cronología, que no pretende agotarse, en una "historización" que se ofrezca como mandamiento de una sacrosanta verdad. Un "Lacan dixit" cuya monótona repetición se ha convertido en la forma más vil, de enmascarar no sólo el rechazo a su pensamiento, sino a través de él, al psicoanálisis en general.

Porque no dudamos que la riqueza de sus consideraciones en este tema, (como en tantos otros), constituye un innegable aporte al desarrollo, y a la fecundidad de la teoría psicoanalítica, invitamos al lector a incluirse en un recorrido, del cual auguramos extraiga, una puntuación que favorezca su propia lectura de Lacan.

¿Cómo librarnos de la insalvable arbitrariedad que implica "fechar" el origen de una idea, en el conjunto de preocupaciones de un determinado autor? Renunciamos a tal salvedad, a sabiendas de que, "arbitrariedad" siempre hay, y que solo resta a cada quien sostener su opción. Esto no sin antes aclarar, que tratándose de una labor de lectura, (nada nos ha sido soplado por él al oído) situar los comienzos por donde Lacan plantea cuestiones atinentes al fin de análisis, entraña una elección de textos que proceden de un "orden" de publicación. Por otra parte, si bien no desconocemos, que el desarrollo del tema está ligado a las variaciones teóricas de cada "período", y puede por lo tanto ser leído "más allá de su estricta notación", optamos por dirigirnos a aquellos pasajes (no todos), donde Lacan escribe (aunque se trate, como en los Seminarios de una transcripción) con todas sus letras, acerca de esta temática.

La finalidad y el fin de un análisis, forman parte de uno de los tres puntos de vista enunciados por Lacan cuando se refiere al trabajo teórico-práctico, ejercido sobre un tema principal que es "La Dirección de la Cura". Recordemos que los otros dos tienen que ver con el lugar de la interpretación y el manejo de la transferencia. Señalemos entonces, que esta focalización (ética y Fin de Análisis), está imbrincada en un conjunto que decide su posición. El lugar de la interpretación, el manejo de la transferencia, y las normas que fijan las finalidades y finalización del análisis, son conside-

raciones que a modo de vasos comunicantes, actúan consecuentemente entre sí. Este "recorte" será beneficioso, siempre y cuando no se desconozcan los nexos que lo hacen existir.

En el tramo final de una "comunicación" presentada en el Congreso Internacional de Psicoanálisis realizado en Zürich, en 1949, Lacan asignará al análisis, un término hasta donde acompañar al paciente: el límite extático del "tu eres eso" ("tu es cela"), "cela" que en francés puede conjugarse con un "bien sabía él eso", un "no había más que eso para él" o un "si no hubiera sido por eso, lo habría dicho". Revelación (retengamos esta palabra) de una cifra en la que se anuncia su destino mortal. Cifra cuyo valor de letra, a la que quedará reducido el Otro en el fin de un análisis, será teorizada varios años más tarde. Al concluir la idea, nos anuncia algo que abre una interrogación sumamente interesante. No está dice "en nuestro solo poder de practicantes el conducirlo (al paciente) hasta ese momento en que empieza el verdadero viaje". Pregunta que haremos recaer sobre el significado otorgado a ese "nuestro solo poder de practicantes" y al carácter de "verdadero" con el que se califica ese otro "viaje". Parece preanunciarse aquí ese "un más allá del psicoanálisis" (Proposición del 9 de Octubre de 1967) y la "verdadera terminación del análisis" (Seminario "La Ética...") que Lacan reserva al análisis del analista, o al menos en tanto que analista, de él eso se espera. Es esta una buena oportunidad para resaltar, que la preocupación por el análisis del analista, salvo honrosas excepciones derivó hacia una burocratización tal, que lo llevó, por razones de "administración institucional del poder", a 'dividirse'. División sin resto en la que un análisis llamado didáctico encontró su origen. "Dramatización" de la división del sujeto, que no pudo, o no quiso "oirse". Lacan no ha sido con esta idea, ni complaciente ni benévolo, y aunque en varias oportunidades utilice ese término, se encargará suficientemente bien de hacernos saber que hay un solo psicoanálisis para el sujeto que se quiera analizar. Esto será reafirmado en distintas oportunidades, sólo por citar alguna, señalaremos la Conferencia pronunciada en la Universidad de Roma el 15 de Diciembre de 1967.

Durante los primeros años, la enseñanza de Lacan pondrá especial énfasis en el valor adjudicado a una "palabra verdadera", haciendo depender la meta del análisis de las posibilidades de su advenimiento, "y la realización por el sujeto de su historia en su relación con el futuro". Asunción de su ser-para-la-muerte, elemento estrictamente simbólico en el que se funda su por-venir.

La terminación del análisis se relacionará para Lacan con el "momento en que la satisfacción del sujeto encuentra como realizarse en la satisfacción de cada uno, es decir, de todos aquellos con los que se asocia en la realización de un obra humana". Una apuesta, tal vez un tanto idílica, otorgada a la posibilidad de sublimación. Apuesta que no por ello descarta, cuanto se niega la vida, a eso que define como "curación": "Realización del sujeto por una palabra que viene de otra parte y lo atraviesa".

El punto terminal del análisis será precisado como la relación última del sujeto con un Otro, que calificará como verdadero. Otro del cual se acepta recibir la respuesta que no se espera. La diferencia y la sorpresa serán los nombres de su división.

Afirmará con contundencia, que toda experiencia psicoanalítica, es una experiencia de significación. En cada análisis se juega el reconocimiento de una "llamada, una vocación que resulta serle revelada, en un mundo de lenguaje".

Del sujeto nos dirá, que está sumergido en algo que guarda relación con el lenguaje, y que si bien no le resulta idéntico, tendrá que reconocer su sitio en él. Sitio que alude a un Otro, del cual diremos entonces, que no por resultar simbólicamente reconocido, se lo conoce.

El trabajo de Lacan se forjará con una especial intención, la de abordar al Yo (objeto de admiración de la comunidad analítica), en relación al orden simbólico. De allí su constante hincapié en el valor de la palabra "verdadera" en un mundo de lenguaje. Palabra, sin la cual no podría pensarse una noción psicoanalítica de sujeto, que no se confunda con las atribuciones imaginarias arrogadas al Yo. El sujeto está en danza en todo discurso, y lo que es aún más alterador (freudianamente revolucionario) es que el sujeto mismo es ya "un mensaje". Atomo del discurso concreto, que barre la ambición autonomista con la cual corrientemente se adjetivaba al Yo. Un Yo convertido en sede de las coordenadas psicoanalíticas (inconsciente, repetición, transferencia, pulsión). El progreso de un análisis tenía por objetivo su robustecimiento, esto es, su infatuación. El "Yo alfeñique" del paciente encontraba en el "Yo Atlas" de su analista un modelo de identificación.

Se entenderá que una concepción tal no podía llevar a Lacan más que al terreno de la discusión, en una comunidad analítica, fascinada por la yoificación del inconsciente. Apropiarse del Ello en nombre del Yo, motivó una "guerra laica", de la cual el analista se hizo gestor. Allí donde Ello era, debía instalarse "la era del Yo". En acuerdo con la ideología de un "capitalismo floreciente" que vió en la llegada de ese psicoanálisis su nueva religión. ¡¡Y usted que creyó que nos traía la peste!! ¡¡Oh, Mister Freud!!

Las críticas a Balint, a Ella Sharp, a Lowenstein y compañía, a Lagache, y tantos otros, apuntan a desbanicar "el compadreo del Yo".

En un escrito de 1955, producto de la ampliación de una Conferencia pronunciada en Viena (nada menos) y conocido como "La Cosa Freudiana o Sentido del Retorno a Freud en Psicoanálisis", refrescará el espíritu de ese texto freudiano que alguna vez dimos en llamar "El Sermón al Yo" (Sigmund Freud, "Una dificultad del Psicoanálisis"): "...¿No está claro que no hay más discriminación de la parte sana del Yo del sujeto que su acuerdo con la óptica de ustedes que, suponiéndola sana se convierte así en la medida de las cosas, del mismo modo que no hay otro criterio de la curación que la adopción completa por el sujeto de esa medida que es la de ustedes, lo cual confirma la confesión frecuente entre los autores graves de que el final del análisis se obtiene con la identificación con el Yo del analista?"

Identificación con el Yo del analista que sostiene y se sostiene en la noción de "introyección intersubjetiva", instalada necesariamente en la dualidad imaginaria del "Yo-Yo". El analista-cura con su "Yostia" a través de la comunión.

Así es como en el mejor de los casos (que siempre conduce a lo peor), el analista deja al analizante en un punto de identificación imaginaria, históricamente cautivo de una idealización, que impide su confrontación, con el fantasma que fundamenta el empantanamiento de su posición subjetiva.

En el escrito "Observación sobre el Informe de Daniel Lagache", Lacan reprueba la idea que Michel Balint, se hace del fin del análisis, finalización que éste considera, entre otras "bellas cosas" como una suerte de intercambio del Yo. Intercambio del cual deriva en el paciente un estado de "elación". Estado éste que enuncia una de las cualidades propias del Yo (orgullo, soberbia o presunción). Responderá Lacan que "incluso si es su término, no es el fin de análisis, y aún si ve en ello el fin de los medios que el análisis ha empleado, no son los medios de su fin". Fin que no sólo justifica los medios sino que los "teoriza" en correspondencia con tal concepción.

La identificación al Yo del analista en el "fin de análisis", no debe ser endilgable exclusivamente a los análisis "no lacanianos". "Análisis", que por una especie de machaque teórico, puniría a los otros, por aquello de lo cual algunos (los Unos) se eximirían. Sólo la "ingenuidad" del cientificismo, con su ilusión psicologista, (lo pseudo psicoanalítica) o la idealización férrea de alguna mística doctrina, podrían hacernos olvidar (dejar de advertirnos), que el Yo es, aún para el analista, una "pasión" por *Toda-la-vida*.

Convenimos con Lacan, que si bien la formación del analista apunta a la existencia de un sujeto capaz de soportar que en él, el Yo esté ausente, (a esto lo llamará luego el "des-ser del analista"), será este el ideal del análisis, que desde luego es siempre virtual. Se trata dirá, (nos adelantamos aquí en la lectura) de una posición (sentido en blanco) caracterizada por lo topológico ideal. Es aquí donde el deseo del analista entrará a tallar.

El progreso del análisis tendrá, en este momento de su obra (cuando nó) como condición que "el Yo del analista tenga a bien no estar ahí, y éste (el analista) no sea un espejo viviente (¿recuerdan a Meltzer?), sino un espejo vacío". Función de vacío cuyo soporte es para el analista su responsabilidad.

No crean —advertirá—, que después de un análisis, sea éste "didáctico" o "terapéutico" el Yo se volatiliza. No asciende el analista al cielo cual puro símbolo, desencarnado y angelical.

Ese "*Yo analíticamente construido*", dada la "calidad" misma de su constitución identificatoria, puede "hacer las veces" (racionalización) del sujeto dividido, conduciéndose al compás del saber teórico analítico al cual se identificó. Sin llegar a tratarse de una paranoia post-analítica, (nunca lejos de las propiedades del Yo) se relacionará con lo real de su existencia, mediante un "lenguaje ya listo", el psicoanalítico, que oficiará de patrón. Analizantes que al "momento de concluir" su análisis, trocan el

lenguaje, sin cambiar por ello de posición. ¿A qué analista no le ha tocado alguna vez escuchar ese enchapado teórico en el transcurso de una entrevista preliminar?

Este "Yo del saber", purificado por el "trabajo analítico", puede confundirse con los criterios de finalización que cada argumentación teórica aplique. Cura por amor al supuesto saber del Otro (y acerca del Otro), en la que sujeto y Otro imaginariamente consisten.

La identificación al Yo del analista, será entonces concebible como un "acuerdo", "un pacto", un "feliz encuentro" que somete a las formaciones del inconsciente, (incluido el analista mismo) a una racionalidad del sentido que forcluye (como ocurre en el discurso de la ciencia) al sujeto dividido.

En el Seminario "La Angustia" Lacan recomienda seguir en detalle un artículo de Szasz sobre los fines del tratamiento analítico, este autor sostiene que: "Los fines del análisis están dados en su regla y que su regla y al mismo tiempo sus fines, sólo pueden definirse promoviendo como meta última del análisis, de todo análisis, didáctico o no, la iniciación del paciente desde un punto de vista científico". Pretensión científica, cuya ambición consiste en colmar la falta en el Otro, anulando por el camino del conocimiento aquello que divide al sujeto.

Un análisis definido desde esta perspectiva, se aplicaría a la búsqueda de una "verdad objetiva". Un bien para todos, a partir del logro de una "actitud científica". fantasma obsesivo, de un fin de análisis donde se abrazarían en un amor sin límites, el psicoanálisis y la epistemología.

Hasta aquí algunas observaciones críticas a la función del yo en el fin de análisis, prosigamos ahora este recorrido por Lacan, desde otra perspectiva.

En el punto 2 de "El Mito Individual del Neurótico", casi esquemáticamente y a modo de síntesis, planteará respecto del sujeto masculino, las exigencias propias a un "equilibrio moral y psíquico".

Finalización de análisis que tiene en cuenta los avatares de la función del falo, en tanto significante del deseo. Agregará unos años después y en relación a Freud (Seminario "Las Formaciones del Inconsciente"), que la solución del problema de la castración no se halla en el dilema de "tenerlo o no tenerlo", sino en el reconocimiento de que no lo es. Solamente a partir de allí (sea hombre o mujer) podrá "normalizar" su posición otorgándole dignidad a su deseo.

El psicoanálisis —nos recuerda Lacan—, introduce en su centro la problemática del deseo. De ella dependerá la realización del sujeto.

"Haber llevado a su término un análisis no es más que haber encontrado ese límite..." (Seminario "La Etica").

El progreso del análisis, su finalización, implicará una labor psíquica para el sujeto, mediante la cual se hará posible:

1. La extracción de su querer los falsos bienes, "querer lo que se desea",
2. el agotamiento de la vanidad de sus demandas,
3. el agotamiento de la vanidad de sus dones,

Esta experiencia del límite, no debería confundirse con un "nada de inconsciente". por más lejos que se lleve un análisis, no habrá elucidación exhaustiva del inconsciente (Seminario "La Transferencia"). La experiencia del análisis (didáctico o nó) dejará al sujeto, advertido acerca de esa reserva inconsciente.

De todas formas no se tratará en el término del análisis, de un inconsciente "bruto". "Es un inconsciente suavizado, un inconsciente más la experiencia de este inconsciente".

¿De qué se tratará esta experiencia cuyo "objetivo" no se satisface necesariamente en el vacilante concepto de curación, que llega al análisis sólo por añadidura.

Antes de intentar responder, nos parece conveniente aclarar que el cuestionamiento analítico al "furor por curar", no se resume en una supuesta desatención a la demanda del sufriente. El analista a menos que se defina en tanto analista, por el sólo hecho de no responder como médico, introduce la estructura de la falla existente entre la demanda y el deseo. Dando lugar así, a la pertinencia de un campo, que no se opone imaginariamente a la curación, sino que la redefine simbólicamente, atendiendo a una topología del sujeto.

A modo de síntesis, y continuando con lo anteriormente expuesto, podemos aseverar, que la negación del sufrimiento psíquico, o su descalificación en nombre del algún "diagnóstico ligero", al igual que la desatención al goce, que se hace dolor en el cuerpo, dicen poco del psicoanálisis, y mucho de la neurosis de el analista, puesta en juego.

Un año antes del Seminario sobre "La ética del psicoanálisis", en una Ponencia hecha por Lacan en Barcelona, (1958) define, al hablar del "Psicoanálisis verdadero y el falso", cuál es su idea de los "efectos" que en la vida de un "habiendo sido analizante" deja ese "análisis verdadero". No se tratará sólo de cambios benéficos (nada desechables por otra parte) en los que un analizante podrá encontrar su fin, si así lo desea. Implicará "la revelación de un orden efectivo en hechos hasta ahora inexplicables, a decir verdad, aparición de hechos nuevos". Postura que evidencia, sin lugar a dudas, la promoción de un análisis, más allá de lo "atendiblemente" terapéutico.

Creemos que esa terminación del análisis que Lacan llama "la verdadera", no es exclusividad del analista, ni tampoco es seguro que todo analista se advenga a ella.

"¿La terminación del análisis, la verdadera entiendo la que prepara para devenir analista, no debe enfrentar a su término al que padece con la realidad de la condición humana?" (Seminario de la "La Ética"). Nos preguntamos aquí: ¿No es ésta acaso para el análisis, en relación a la verdad del sujeto, su posición ética?

La experiencia del desasosiego absoluto, esa relación consigo mismo, que es su propia muerte, el punto más lúcido de una soledad que no es de aislamiento, sino de deseo, ¿no será posible en cualquier analizante, si

éste así lo quiere? Tocar hasta su término, que és y qué no es, no parece incumbir sólo al fin de análisis del analista, sino al fin de análisis mismo, aunque pueda no quererse ese fin.

"Un análisis no tiene por qué ser impulsado muy lejos. Cuando el analizante piensa que es feliz es bastante". (Lacan, Universidad de Yale, 1975).

Responderemos a esto que sí, ya que él (el analizante) está allí, en todo su derecho, esto siempre y cuando al tratarse de la felicidad "no nos hagamos los garantes del ensueño burgués" (Seminario de "La Etica). Ahorrándole el paso por un objeto, en el que se escribe su existencia más radical.

"Lo que hace de cada análisis una aventura única, es esta búsqueda del agalma en el campo del Otro". (Seminario "La Angustia"). Aventura que avanza hasta dar con la caída del Sujeto Supuesto saber y con la falta de objeto, que fantasma fundamental mediante, se intentaba obturar. El analizante sólo termina su análisis (es este un planteo de Lacan en el "Atolondradicho") si hace del objeto (a) el representante de la representación de su analista.

La localización del sujeto y su relación con el objeto a (pecho, excremento, voz, mirada) signará una experiencia de atravesamiento, que resulta esencial: la dialéctica de cualquier análisis.

Ningún desenlace (otra manera de nombrar la finalización) será posible respecto del carácter enigmático del deseo del sujeto, sin ese pasaje por el objeto a.

La separación del a, cuya sustitución permite al analizante realizar como alienación su "Yo (je) pienso", o en otras palabras, le lleva a descubrir en el fantasma ($\$ \diamond a$), la condición de su división, sólo es posible mediante una *cesión de objeto*, (vertiente real de la transferencia), a partir de la cual, cobrará valor la función de semblante de objeto a, que caracteriza al discurso del analista ($a \rightarrow \$$). "Trabajo de duelo", que conducirá al analizante, no sin dificultades y en ciertos casos, después de alguna momentánea interrupción, al momento final del análisis, que en otro tiempo demandó.

En el Seminario XI, en relación a la posibilidad de un franqueamiento del plano de la identificación, Lacan introduce una afirmación y dos preguntas, que por su tenor y consecuencias no podemos menos que indicar. "...Después de la localización del sujeto con respecto al a*, el fantasma fundamental deviene pulsión. ¿Qué deviene entonces el que ha pasado por la experiencia de esta relación con el origen de la pulsión? ¿Cómo puede vivir la pulsión un sujeto que ha atravesado el fantasma radical?"

Dejaremos abierta a la experiencia analítica de cada lector, esta interrogación. Por nuestra parte diremos que el sujeto, no se "conforma" ni en

* En distintos momentos y de diferentes maneras, nos recordará que por allí pasa la verdadera naturaleza de la dependencia al Otro y a su deseo. Relación indicada en las operaciones de alienación y separación.

el plano de una identificación al ideal, ni en el de una adaptación "pasiva" (su ser de objeto) a la realidad. Si la realidad como tal, no se sostiene más que desde el fantasma, la labor analítica sobre él realizada, modificará las relaciones del sujeto con la realidad.

En el fin de análisis, esa con-fusión del **a** con el significante de la falta en el Otro, que constituía para el neurótico una "psicología" al servicio de "interpretar" su malestar, se verá afectada por el "ejercicio" de una escisión (que no se realiza mágicamente el último día), cuyo desprendimiento e insalvable pérdida, "advertirán" al sujeto acerca de lo ridículo que resulta, cualquier argumento en el que se oferte "curar su división", o "mentalizar su deseo".

¿Qué caracteriza, al saber anidado en esa "advertencia"? ¿Qué funda su especificidad? Más allá de las "variaciones" propias al desarrollo de este punto, estimamos existe un rasgo, que no dejará de ser "constante" en los diferentes planteos de Lacan. nos referimos a la condición estructural, que hace de este saber, "un saber imposible de alcanzar para el sujeto" (La Tercera). Al disponer sólo de un significante que lo represente ante ese saber, el sujeto estará condenado a permanecer dividido, de un pensamiento, capaz de asegurarse en un "Yo soy quien piensa". Condena, (incurable) que dependerá entonces, de la insoldable bipartición significativa y del punto de irreductibilidad, que deja a cualquier saber, la caída del **a**. El fin de análisis, no podrá ser, más que solidario de la realización constitutiva (Seminario XV) de una tal división.

Términos tales como: "conquista", "adquisición", "conocimiento", "aprendizaje", o "saber hacer", serán indefectiblemente tergiversados si no se tiene en cuenta, esa imposibilidad estructural.

La relación del sujeto al saber, en el fin de análisis, implica un rechazo a todo ideal de sabiduría. Esa revelación de "una pura falla", que define al sujeto por la vertiente de la falta en ser, al igual que, el "saber hacer allí con su síntoma" (Seminario XXIV), alude a un saber, del cual no podrá extraerse tranquilizadoras garantías.

Saber a medida de cada Uno, que renuncia a proclamarse como doctrina. Saber que no se acumula ni generaliza.

Tal vez no alcancemos a subrayar suficientemente cuán importante resulta la reflexión permanente de estas cuestiones, en la formación del analista. La "experiencia del pase", por ejemplo, podría llegar a convertirse en un modelo burocrático destinado a encuadrar y estandarizar el "saber del analista".

Si algún saber le es revelado al analizante al concluir su travesía, este será: que, frente al deseo que anima su vida, no hay Otro de quien depende, ni la dirección, ni la vía.